

ANDRÉS BERMÚDEZ.

Poeta y escritor puertorriqueño nacido en San Juan, Puerto Rico, en 1985. Obtuvo un Bachillerato en Literatura Comparada en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, donde hizo un trabajo final sobre un cuento de José Lezama Lima. Posteriormente se trasladó a Buenos Aires, Argentina, ciudad en la que residió durante 4 años. Allá fue discípulo del poeta argentino César Bandin Ron y fue profesor de escuela secundaria. También trabajó en un centro social ofreciendo distintos servicios, desde meriendas hasta un taller sobre poesía. De vuelta en Puerto Rico, publicó “El fuego errante”, un poemario-diario poético centrado principalmente en su experiencia en Argentina. Posteriormente publicó “Rocío de sombra”, un poemario de versos brevísimos acompañados de ilustraciones de Susana Espinosa, y “La rosa amarilla”, que incluye fotografías del fotógrafo y arquitecto Eduardo Bermúdez.

Si lavara el corazón y viera claro,
bastaría un instante para sostener
mi eternidad. Ay, mas la vida nos
echa de un lado a otro, se extasía,
más poderosa que alegría y dolor
y, luego de haber robado el soplo,
se marcha y nos deja; y todo para
que volvamos a estar junto a ella.

Prematuramente preparo por eso
el lecho de envejecidas maderas...

¿Alcanzará a naturalezas frágiles
como la mía una trama de tareas
domésticas, mientras a escuchar
el canto me dispongo? El canto
en muchas formas puede nacer.
Pero yo quiero prolongarme, yo
quiero continuar; nacer podría
ser, para mi espera, demasiado.

¿Serán dos distintas cosas, y no
dos frentes de un soñar mismo?

¿Cuán adentro está el ruiñeñor
de todo cuanto sucede, y cuán
ajeno a esta fuerza del nombre-
falsa? Observa cómo bate alas
en el agua estancada, y entona
el silbo agudo su canto, sin más.

Tengo un miedo inenarrable
del llanto que me acompaña.

Ante él soy el inútil perfecto,
como si me hablara
con la voz de las estrellas.

Me acompaña: en vagón lo llevo,
y es como si el universo me
acompañara, en cualquier instante
dispuesto a derramarse.

Yo de él tengo miedo,
un miedo inenarrable.
Aunque si llorase yo
quisiera escuchar
cantar las estrellas.

Y por solo ese segundo
desaparecería el miedo.